

conciencia se alistara en las filas de los Cruzados? ¿Qué mucho que entraran á sangre y fuego en Bezieres y en Carcasona y saquearan sin misericordia y pasaran á cuchillo casi á la totalidad de sus habitantes, quienes por otra parte habían provocado tanto la ira de Dios y de los hombres?

No temáis que profane la cátedra sagrada con la sola narración de batallas y carnicerías, ni que canse vuestra atención siguiendo una á una las peripecias de la Cruzada contra los Albigenses. ¿Pero cómo no hablaros de la batalla de Muret, que debelando á los herejes, dió la paz á la Iglesia y abrió el camino al apostolado pacífico de los ministros del Señor?

Al Abad del Císter sucede en el mando supremo Simón de Monfort. Su valor y su pericia militar son infinitamente mayores ¿quién lo duda? que las del caudillo eclesiástico; pero suscita, en cambio, las rivalidades, el encono, la envidia de los demás capitanes, y expirado el breve término de su servicio, conforme al sistema feudal, uno á uno lo van abandonando; y de cien mil hombres, quedan reducidos á mil los combatientes de sus mermadas legiones. ¡Y precisamente en estos momentos se ven aumentadas de una manera formidable las huestes heréticas con la llegada ¿quién lo creyera? de cien mil aragoneses acaudillados por su Rey en persona!

¡El Rey de Aragón en el campo de los herejes! ¡Oh Dios mío! ¿Quién se creerá seguro después de una defección semejante? Con razón ha dicho la Escritura: el que está en pie tenga cuidado de no caer, *qui stat videat ne cadat*. Ved ahí al heroe de las Navas de Tolosa, al mismo Rey Don Pedro que en aquella jornada hizo pro-

digios de valor al lado de Alfonso de Castilla, combatiendo ahora contra aquellos mismos Cruzados de que fuera caudillo y honor. Ya no verá los milagros que se obraron en aquella memorable batalla, y aunque son doscientos contra uno, el vencedor de los Sarracenos hallará la muerte y la deshonra á manos de Simón de Monfort.

Están enfrente del castillo de Muret. El caudillo Cruzado, después de pasar la noche en oración y de fortificarse con el pan de los Fuertes, lo mismo que sus soldados, ataca las huestes enemigas con un puñado de caballeros, y las rompe, y las desbarata, y las destruye, y acaba con la herejía Albigense.

¿Acaba, he dicho? ¡Ah, no! ¿Por ventura se destruye una herejía con la sola fuerza de las armas? Lo que ha hecho el Conde de Monfort ha sido únicamente arrancar la zizaña, para que los obreros evangélicos puedan sembrar en paz la simiente de la palabra divina, sin que las aves del cielo la arrebatan, ni la sofocan las piedras regadas por el campo. Pero el verdadero debelador de los Albigenses, el héroe de ésta y mil otras inolvidables jornadas, el verdadero vencedor ha sido Domingo de Guzmán.

Desde que por vez primera penetra en la Francia Meridional al lado de su Obispo, empieza á esgrimir con denuedo aquella espada de dos filos que le confiara, y muestra desde el primer envite que no hay otra cuyo temple se le asemeje. Ya en conferencias privadas, como aquellas con el hostelero de Tolosa ó con las damas de Fanjeaux; ya en disputas públicas con los corifeos de la herejía, como en Montpellier, Pamiers y Monreal, discutir para él era vencer, y vencía como vence el Após-

tol, no confundiendo á su adversario, sino atrayéndolo á su bandera, convenciéndolo, convirtiéndolo.

En tiempo de guerra y durante las breves treguas que ésta concedía, recorría los pueblos, y las ciudades, y las campiñas, predicando con fervor y haciendo innumerables conversiones. Y tened en cuenta que para un español predicar en esa Galia Meridional, patria de los trovadores y teatro de una cultura más refinada que en el resto de Europa, era en verdad tarea superior á las fuerzas humanas. ¿Pero quién resiste á esa espada que esgrimiera San Pablo, á esa predicación Evangélica que penetra en el corazón de los hombres como el acero de mejor temple?

No sólo de viva voz disputaba ó predicaba Santo Domingo. Poco rápida le parecía su palabra, y adelantándose con mucho á su siglo, pone por escrito sus sermones y conferencias, y saca de ellos numerosas copias y las difunde por todos lados. Un milagro patente, que más de una vez se repite, viene á mostrar la aprobación del cielo á este nuevo género de predicación. Arrojan los herejes al fuego los escritos del Santo, y el deleznable papel permanece ileso en medio de las llamas: una vez y otra se enciende la hoguera, y siempre resiste el manuscrito al voraz elemento.

Ni son estos los únicos milagros que confirman la misión divina de Domingo. Alguna vez se le vió de rodillas, elevado sobre el suelo y absorto en éxtasis profundo. Otra, como Jesucristo en otro tiempo, libertó á un energúmeno del poder del demonio. Cuarenta peregrinos ingleses caen al río, y quedan sepultados en lo profundo de las aguas sin esperanza de salvamento. Óra

Domingo, les manda con voz imperiosa salir á la superficie, y obedientes á su mandato salen los anegados á la orilla sanos y salvos. El dón de profecía lo adorna igualmente. ¡Pobre Rey de Aragón! Domingo de Guzmán predijo mucho antes de la batalla de Muret, su desastrosa muerte y aciaga derrota.

Ligado en estrecha amistad con Simón de Monfort, era Domingo su inspirador y consejero, y aunque en las batallas él se limitaba á orar por los combatientes, no por esto esquivaba los peligros de la refriega, ni dejaba de predicar á los soldados de la Cruz con el mismo ardor con que arengaba á los herejes. Vedlo en la batalla de Beziers con un crucifijo en la mano, tratando de moderar el ardor de los vencedores é implorando misericordia para los vencidos. Vedlo en otra ocasión arrancando de los brazos del verdugo á un pobre delincuente, sentenciado por la justicia humana al último suplicio, reservado por la misericordia divina para una vida de penitencia y santidad.

Ni sólo á los pobres y débiles se dirigía su predicación. Acompañaban los ejércitos de la Cruz, como era costumbre en aquellos tiempos, Legados del Sumo Pontífice, encargados de velar por la ejecución de sus soberanos mandatos, de cuidar de la pureza de la fe y de poner en todo su vigor la eclesiástica disciplina. Sostenían, como era justo, su rango y dignidad, desplegando el lujo de la época, y rodeándose de numeroso tren de caballeros y de pajes, de peones y de servidores. Otro tanto hacían los Obispos en su calidad de señores feudales y caudillos de sus respectivos vasallos. Pareció á Domingo que tratándose de sectarios como los Albigenses, que

afectaban pobreza y austeridad, no era éste el modo de atraerlos, y les dirigió, según refiere uno de sus biógrafos, esta respetuosa alocución:

“No es esa la senda que debéis seguir. No se atrae con palabras á esos hombres que se apoyan en ejemplos. Con el simulacro de la pobreza y de la austeridad evangélicas seducen ellos á las almas sencillas. Presentándoles un espectáculo contrario, edificaréis poco, destruiréis mucho, y jamás hablaréis á su corazón. Oponed el ejemplo al ejemplo; oponed la verdadera religión á una fingida santidad: sólo con grande humildad se triunfa de los falsos apóstoles.”

Cuando pronunciaba esta maravillosa arenga, aún vivía y le acompañaba su buen maestro el santo Obispo Diego de Acevedo, quien de antemano había despedido caballos y servidores, y se había quedado á pié, sin saco ni alforjas, á guisa de los Apóstoles de Jesús. Fascinados los Legados con las palabras del joven español, ponen en práctica sus consejos, y contribuyen á la victoria final, que compra además con su sangre de mártir, el glorioso Pedro de Castelnau.

Así es que mientras Simón de Monfort, al decir de sus contemporáneos, empuña la espada material, Domingo de Guzmán combate con la espada de la palabra de Dios, y durante diez años predica de viva voz y con los escritos, con el ejemplo y los milagros.

¡Oh! ¿Por qué tales apóstoles no son eternos? ¿Por qué no duran hasta la consumación de los siglos, ó se multiplican siquiera durante su vida por todos los ámbitos de la tierra?

II

La aspiración á la inmortalidad, innata en todo hombre, en el Apóstol está profundamente arraigada. ¿Cómo resignarse á que los vientos arrebaten sus palabras? ¿Cómo quedar satisfecho al pensar que sus obras durarán lo que la vida brevísima de un simple mortal? De aquí es que todos esos insignes varones suscitados por la Providencia para llevar á cabo alguna empresa grandiosa, han procurado imprimirle el sello de la durabilidad, y han puesto en práctica todos los medios á su alcance para que se extienda á través de los siglos. El ejemplo lo dió el Divino Fundador de la Iglesia, en la cual tenemos, según el decir de los Santos Padres, una continuación perpetua de la Encarnación del Divino Verbo. Pedro, el primer Vicario de Jesucristo, persevera y vive en sus sucesores los Romanos Pontífices; y los demás Apóstoles viven igualmente en sus sucesores los

Obispos. Natural era que Domingo, llamado por Dios á resucitar con la *Santa Predicación* la vida apostólica, no se contentara con recorrer él solo, durante breves años, un pequeño rincón de la tierra, sino que se asociara otros predicadores, que formando un cuerpo compacto é indestructible, hicieran verificarse en ellos la profecía del Salmista: *in omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum.*¹

Encuentro una diferencia muy notable entre Domingo de Guzmán y los demás fundadores de órdenes religiosos. Benito, Francisco, Juan de la Cruz, Ignacio, José de Calasanz, Jerónimo Miani, Alfonso de Ligorio, empezaron fundando su *ejército de línea*, si así puedo expresarme, y agregándole poco á poco los cuerpos auxiliares, es decir, los órdenes terceros, las cofradías anexas, las congregaciones de religiosas bajo la misma regla. En Domingo, por el contrario, vemos que primero funda las monjas, después el orden tercero, luego la cofradía del Rosario y al último la institución de Hermanos ó Frailes Predicadores. Por más que parezca extraño este modo de proceder, yo lo encuentro muy lógico; y me llama la atención que á pesar de la diversidad de épocas y de circunstancias, y de la enorme distancia entre el siglo XIII y el siglo XX en que vamos á entrar, las necesidades son las mismas, y ni más ni menos que ahora, tuvo el Canónigo de Osma que pensar ante todo en la educación de la mujer. Ella es, en efecto, quien cons-

Ps. XVIII, 5.

tituye el hogar, quien inspira al niño las primeras ideas, quien empieza á formar su inteligencia y su corazón. De poco servirá fundar colegios y escuelas para varones, si se abandona á las niñas á la ignorancia, ó lo que es peor, á la falsa instrucción de los enemigos de la fe.

Lo que pasa en nuestros días, se verificaba todavía en mayor escala en la época aciaga de la herejía Albigense. La guerra había dejado en la miseria multitud de familias; y los sectarios, aprovechándose de sus tristes circunstancias, recogían infinidad de niñas y doncellas, y las educaban en sus falsos principios, estableciendo así semilleros perennes de maniqueísmo. Era menester, ante todo, arrebatárselas, y para esto fundó, desde el principio de su misión en el Sur de Francia, el Monasterio de Religiosas de Nuestra Señora de la Prulla, cuna del orden Dominicano. En éstas, como en todas sus empresas, le ayudó tan eficazmente un insigne Prelado, que se le ha llegado á creer el principal fundador de una de ellas.

Fulco de Tolosa, Obispo y trovador, teólogo y soldado, Pastor y caballero, permite que te rinda el sincero homenaje de mi gratitud, de mi admiración y de mi amor. Tú animaste á Domingo en sus gloriosos trabajos; tú asignaste rentas á sus primeras religiosas; tú cediste al Monasterio una gran parte de tus diezmos, y te declaraste paladinamente su protector y patrono. Tú estableciste con él la *Cofradía Blanca*, origen de la Orden Tercera; tú, por último, lo acompañaste al Con-

cilio IV de Letrán y obtuviste con él la aprobación del orden de Predicadores. Llor á tí, Fulco de Tolosa; tu nombre pasará de gente en gente, y de generación en generación, y será siempre bendito en toda la extensión de la tierra.

La historia del Convento de la Prulla es demasiado importante para que dejemos de recordarla, siquier rápidamente. Un milagro precedió á su fundación. No era al principio más que una capilla, pequeña y sin notoriedad, en que acostumbraba Domingo celebrar el Santo Sacrificio. Pero he aquí que, cuando meditaba en hacer su primera fundación, vió repetidas veces un globo de fuego, que después de girar por el espacio, se detenía sobre el obscuro santuario. Conoció por este portentoso que aquel era el lugar destinado para centro de sus piadosas empresas: fundó allí el instituto de religiosas, y en lo sucesivo los acontecimientos correspondieron al augurio celeste. Parece milagro, en efecto, que durante la guerra encarnizada de que hemos hecho mención, el Monasterio de la Prulla fuese siempre respetado por los Iconoclastas Albigenses, sabiendo, como sabían, que era el baluarte de los católicos, y el objeto de las complacencias y generosidades de los Cruzados. Allí fué donde se estableció esa Orden Tercera que, difundida por todo el mundo, ha dado tantos frutos de santidad, y entre otras produjo la primera flor en nuestras Américas, la gloriosa Santa Rosa de Lima.

En aquel santuario privilegiado fué donde la Virgen Santísima entregó á Santo Domingo el Rosario, y se fundó esta devoción tan sencilla como eficaz, tan útil como fácil. Injurioso me parecería recordaros que no sólo consiste en la repetición metódica, de la Salutación Angélica, recitando periódicamente la Oración Dominical y añadiendo otras oraciones, sino que le es esencial la meditación de cada uno de los quince misterios de nuestra Santa Religión. Así se unieron la oración mental y vocal; y de una manera tan natural y sencilla, que esta corona de rosas ofrecida á la Virgen María se popularizó en todo el mundo y ha durado ya tantos siglos. El Rosario, sin atribuirles pomposos nombres ni sacarlos de su humilde esfera, convirtió á todos los fieles en verdaderos auxiliares de los ejércitos de la Cruz, y mientras en Europa debeló á los Albigenses y más tarde venció á los Sarracenos en Lepanto, en el Nuevo Mundo destruyó la idolatría, conquistó inmensos territorios á la fe, y ha conservado la Religión de nuestros padres.

La ha conservado, sí. ¿En qué hogar, en qué choza, en qué desierto no se reza entre nosotros el Santo Rosario? Los indígenas más pobres y más abandonados lo recitan en los oratorios y en los bosques, ya con sus párrocos á la cabeza, ya haciendo *coro* el jefe de la familia. Es de moda hablar de la suma ignorancia religiosa de nuestros pobres desheredados. Permitidme que salga á su defensa. Quien sabe meditar, en la medida de su inteligencia más ó menos escasa, y mientras reci-